

mientos que hacia, quiso, como diestro jinete que era, domar al animal, y le arrimó las espuelas sacándole al galope. Con los movimientos que habia hecho y la carrera que llevaba, la silla que iba floja, cayó al suelo con el jinete, recibiendo éste un terrible golpe en la cabeza. Conducido al pueblo para curarse, la gente empezó á mostrarse disgustada de una expedicion penosa y sin provecho, manifestando deseos de volver á la Nueva Galicia. Vazquez Coronado les prometió complacerles; y restablecido de la herida, emprendió la vuelta, convencido de que la ponderada Quivira, no habia sido mas que un delirio de los soñadores de países maravillosos. Dadas las órdenes para retroceder, los misioneros franciscanos se manifestaron tristes, pues anhelaban predicar el Evangelio á los naturales de aquellas lejanas tierras. Animados de su celo apostólico, pidieron al general que les permitiese quedarse en la provincia en que estaban, pues deseaban atraer á sus habitantes al cristianismo. El que mas empeño mostró en permanecer entre los indios idólatras, fué el padre Fray Juan de Padilla. Trató Vazquez Coronado de pintarles el peligro en que quedaban, procurando persuadirles á que se volvieran con el ejército; pero viendo que insistian en quedarse, accedió á sus deseos. En cuanto el ejército se alejó, el padre Padilla, acompañado de otros religiosos y de un lego llamado Fray Juan de la Cruz, se internaron en el país, donde murieron martirizados á manos de los indígenas. No tuvo mejor éxito la expedicion de mar que la de tierra. Francisco de Alarcon, despues de haber corrido toda la costa haciendo frecuentes desembarcos, se volvió al puerto de donde habia

salido, sin hallar rastro que indicase la existencia del rico país de Quivira. La expedicion enviada por Hernan Cortés á las órdenes de Ulloa, tuvo tambien un triste resultado: de los tres buques, uno volvió al puerto desmantelado, y de los otros no se tuvo noticia por mucho tiempo. Las regiones auríferas, de bellísimas ciudades y abundantes en ricos metales y perlas, se convirtieron en páramos y miserables chozas.

Mucho habia gastado Hernan Cortés en sus expediciones navales, sin que de ellas hubiera alcanzado otros resultados que menguar considerablemente su fortuna. Viendo, pues, malogrados sus proyectos y creyendo ajada su dignidad, determinó ir á España á pedir al soberano que diese orden de que se le pagasen las sumas que habia dado en las armadas primeras pertenecientes á la corona, así como para arreglar la cuenta del número de vasallos que se le habian dado y algunos negocios de intereses con Nuño de Guzman. No dudaba que en la corte se atenderia á sus justas reclamaciones; y confiando en que su regreso seria pronto, se embarcó á mediados del año de 1540, llevando en su compañía solo á su hijo D. Martin, que contaba entonces ocho años de edad. Cuando despues de una feliz navegacion, se acercaba á Madrid, donde estaba la corte, el Real Consejo de Indias dispuso que salieran á recibirle, y le señaló para habitación las casas del comendador D. Juan de Castilla. El monarca se hallaba entonces en Gand; y entretanto que esperaba su llegada, procuró ganarse el aprecio del presidente Fray Garcia Laoisa, cardenal de Sigüenza, y del comendador Cobos, distinguidos validos del monarca. Siempre que Hernan Cortés

iba al Real Consejo de Indias, salia un oidor hasta la puerta del salon donde se verificaban los acuerdos, y se le conducia con mucho acato á los estrados donde estaban el presidente Laoisa con los oidores. En el momento que entraba, se le disponia una silla al lado de los principales miembros del Consejo, y se le oia lo que tenia que exponer.

Mientras Hernan Cortés esperaba la llegada del monarca y selisonjeaba de un arreglo pronto en sus negocios por las atenciones que alcanzaba del comendador Cobos y del Cardenal Laoisa, en Méjico se continuaba embelleciendo la ciudad y dando impulso á los diversos ramos que constituyen el bien de los pueblos.

El obispo Fray Juan de Zumárraga, animado siempre del noble sentimiento de caridad, edificó un hospital para indígenas, empleando así en favor de la humanidad los bienes que poseia. Para su conservacion y lustre, ofreció el patronato al emperador, que lo aceptó gustoso, fomentándolo con gruesas limosnas.

*Gran cacería.* Un espectáculo agradable y nuevo en la Nueva España para los españoles, se verificó en ese año de 1540, á que concurrió el virey con los principales caballeros castellanos. Habia manifestado el instruido gobernante deseos de ver una cacería hecha por los indios, de la manera con que acostumbraban hacerlo cuando el emperador Moctezuma salia á presenciárlas; y los caciques, anhelando satisfacer su curiosidad, pues le apreciaban sinceramente, dispusieron una que correspondiese exactamente á la descripcion.

El sitio que eligieron fué una espaciosa llanura situada

entre Jilotepec y San Juan del Rio, donde el espectador podia seguir todos los movimientos de los cazadores desde cualquier punto en que se situase. El vasto escenario en que debian lucir su destreza y habilidad los cazadores indios, se halla á treinta y cinco leguas al Poniente de Méjico, dejando ver á uno y otro lado, pero á distancias inmensas, elevados montes que parecen perderse entre las nubes. Los que se dirigen de la capital al interior del país, encuentran, al aproximarse á ese punto, una subida suave, desde la cual descubren, de repente, la vista de un interminable llano, sin malezas ni tropiezos que impidan el paso. En un sitio del mismo llano que se juzgó conveniente, improvisaron los caciques una quinta, desde donde el virey y su comitiva pudiesen presenciar el espectáculo. Mas de quince mil indios, todos mejicanos, se apostaron en aquella llanura, y ojeando la caza, se iban formando en círculo, conduciéndola hasta la quinta en que se hallaba D. Antonio de Mendoza con los caballeros españoles. La destreza de los indígenas en ojear los animales que se veian aprisionados dentro del círculo, y marchando hácia donde los cazadores se habian propuesto, proporcionó al virey y á su comitiva grata satisfaccion y solaz. Despues de haber recreado la vista con la agradable escena referida, dió la señal para que empezase la matanza. Era medio dia. Los indios, con una ligereza asombrosa y guardando un orden admirable, se lanzaron sobre los animales, disparando sus certeras flechas. El espectáculo duró hasta los momentos de ponerse el sol. El virey quedó asombrado del número de animales que habian sido cazados. Solamente la cifra de los venados que

se mataron, ascendió á setecientos, no siendo menor la de coyotes y liebres que perecieron. Contento D. Antonio de Mendoza de haber presenciado lo que habia escuchado ponderar desde su llegada á Méjico, ofreció que dentro de dos años asistiría á otra cacería, y dió las gracias á los caciques por el buen rato que le habian proporcionado. Para perpetuar la memoria de aquella cacería, que fué la primera que se verificó desde la caída del imperio azteca, se llamó el sitio en que se verificó, *llano del Cazadero*, nombre que conserva hasta nuestros dias.

Menos agradable fué el imponente aspecto que presentó poco despues el gigantesco volcan de Popocatepetl, visitado en tiempo de la conquista por el valiente capitán Diego de Ordaz, y por cuyo cráter descendió Francisco de Montañó, atado á una cuerda, para coger azufre. Horribles bramidos que se escuchaban hasta cuatro leguas de distancia, se dejaron oír, presagiando una espantosa erupcion. Poco despues, abrasadores torrentes de cenizas vomitadas á considerables distancias, abrasaron los árboles y las sementeras de los alrededores, causando terrible sensacion en los habitantes. Por fortuna cesaron pronto los ruidos subterráneos y las erupciones volcánicas, sin que hubiese que lamentar desgracias personales. El virey y los obispos, queriendo hacer menos sensibles las desgracias, socorrieron á las familias mas pobres que habian visto desaparecer sus sembrados, y continuaron llevando á la sociedad por la senda de la moral, del saber y de los adelantos materiales.

1541. Al mismo tiempo que el virey Mendoza adquiria nuevos títulos á la estimacion y respeto de sus

gobernados, Pedro de Alvarado, gobernador y adelantado de Guatemala, se disponia á salir á una expedicion que se juzgaba de notable importancia. Desde su vuelta á la Nueva España, hacia cuatro años, se habia ocupado en hacer los preparativos para ella. Comisionado por el emperador para que enviase una escuadra por el mar del Sur en descubrimiento de la Especería, quiso hacerlo de una manera imponente, poniéndose á la cabeza de la armada. Acariciado de lisonjeras esperanzas y anhelando alcanzar gloria y honores, se propuso que su armada aventajase á todas las que Hernán Cortés habia enviado anteriormente por el mismo mar del Sur, y que habian tenido un triste resultado. Empeñoso y activo, reunió trece buques de diversos portes, perfectamente provistos de víveres, municiones de guerra y artillería. El número de soldados que logró reunir para la expedicion, ascendia á seiscientos cincuenta, sin que se contasen en esa cifra los pilotos y los marineros encargados únicamente del servicio de los barcos. Siendo la caballería una de las cosas más importantes para la campaña con los indios, compró mas de doscientos caballos, que, aunque empezaban á abundar en el país, no bajaban de trescientos duros el precio de los buenos y ciento cincuenta el de los regulares. Como la mayor parte de las cosas pertenecientes á los buques las tuvo que llevar de Veracruz, distante doscientas leguas del punto en que disponia la flota, el costo de la armada fué excesivo. No bastándole los bienes que tenia, ni el oro que sacaba de las minas de Guatemala para los enormes gastos de la armada, pidió prestado á sus deudos y amigos gruesas cantidades con que logró terminar

sus preparativos. Dadas las órdenes de marcha, la escuadra se hizo á la vela y se dirigió al puerto de la Purificación, perteneciente á la provincia de Jalisco, donde tenia que tomar algunos soldados y bastimentos. Noticioso el virey de la lucida armada, y deseando tomar parte en la empresa y continuar el descubrimiento de Quivira, escribió á Pedro de Alvarado, manifestándole que anhelaba tener una entrevista con él antes de que partiese, relativa á la empresa que iba á acometer. Las personas enviadas con la carta y las cuales llevaban el encargo de persuadir á Pedro de Alvarado á la entrevista solicitada, fueron D. Luis de Castilla y Agustín Gutierrez, mayordomo del virey. Obsequiado por Alvarado el deseo de Mendoza, la entrevista se verificó en el pueblo de Chiribitio, perteneciente á la provincia de Michoacan, que era de la encomienda de un pariente del adelantado, llamado Juan de Alvarado. Terminada la conferencia y de acuerdo en todo los interesados, Pedro de Alvarado volvió á Guatemala á negocios de su gobierno, y en seguida marchó á donde estaba la escuadra (1). En los momentos en que la armada iba á hacerse á la vela, recibió una carta de Cristóbal de Oñate, á quien Francisco Vazquez Coronado habia dejado de teniente de gobernador de Jalisco, al salir al descubrimiento de Quivira.

Aunque he dejado referido el mal éxito que tuvo la expedición que salió en busca de ese reino que se pintaba nadando en oro y perlas, los expedicionarios no volvian aun de los territorios á donde se habian internado, y por lo mismo se ignoraba el resultado de la empresa.

(1) Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

La carta de Cristóbal de Oñate se reducía á manifestar á Pedro de Alvarado, que la mayor parte de los pueblos de la provincia se habian sublevado; á pintarle serias desgracias que habian acontecido, y á pedirle auxilios, haciéndole ver que sin ellos, se perdería toda aquella parte del país para la corona de Castilla.

La carta afectó notablemente á Pedro de Alvarado.

La determinacion que tomó, la veremos en el siguiente capítulo.